

UNA MIRADA AL FUTURO

Miquel Barceló

La ciencia ficción es una manera de imaginar el futuro. Sin ningún tipo de rigor científico ni planteamientos globalizadores, la buena ciencia ficción intenta imaginar como será vivir en este futuro distinto que nos preparan la ciencia y la tecnología. En PARADOJAS hemos repetido ya varias veces como Isaac Asimov, bioquímico, divulgador científico y famoso novelista de ciencia ficción, definía precisamente este género literario como *"la rama de la literatura que trata de la respuesta humana a los cambios en el nivel de la ciencia y la tecnología"*. Una literatura nacida precisamente con y para el cambio.

Considerar la posibilidad de adivinar, determinar o modificar en cierta forma el futuro supone creer que el futuro existe: hay futuro y, además, puede ser distinto del presente y del pasado. Esta es una idea relativamente reciente en la historia de la humanidad, una novedad que se relaciona con la percepción cabal de lo que hemos etiquetado como "progreso".

Según la mayoría de especialistas, la idea de progreso que hoy tenemos es reciente. Nacida con el enciclopedismo de la segunda mitad del siglo XVIII, vendría a ser la reconsideración de la posibilidad de cambio a la luz de la razón. El nacimiento de la ciencia experimental moderna en el siglo XVII con Bacon, Galileo y la posible culminación newtoniana, acabó generando un intento de revisar lo que había sido un supuesto plenamente aceptado desde muchos siglos atrás: un ritmo de cambio en la vida muy limitado y poco perceptible para la mayoría de individuos de la especie humana.

De entre los enciclopedistas, fue Condorcet (1743-1794) quien introdujo claramente la idea de progreso y quien la concretó precisamente en el progreso científico-técnico. Se progresa, nos dice Condorcet, con la ciencia (saber más cosas de la naturaleza y del universo que nos rodea) y con la técnica (tener más artefactos para conseguir un mejor dominio de la naturaleza y de todo lo que nos rodea).

El siglo XIX y la primera mitad del siglo XX fueron testigos de la confianza casi ciega ante la ciencia y la tecnología y sus resultados que, se imagina, han de ser siempre para bien. Pero ciertas realizaciones aciagas de la tecnociencia (gas mostaza en la primera guerra mundial, bomba atómica en la segunda, ataques a la supervivencia ecológica de especies y naturaleza, etc...) empiezan a plantear que no se trata de aceptar cualquier futuro, sino que conviene prever con antelación lo que pueda ocurrir. Hoy es imprescindible actuar para diseñar y configurar ese futuro de entre los muchos futuros posibles.

Ahora sabemos que el futuro existe y ha de ser distinto del presente. La nueva pregunta es si podemos anticiparlo o, incluso, modificarlo. La nueva pregunta es, en definitiva, si es posible la prospectiva del futuro e incluso si éste admite ser diseñado a nuestra voluntad.

La prospectiva científica intenta elaborar modelos matemáticos con los que determinar las grandes tendencias que pueden configurar nuestro futuro. No es un trabajo fácil y la historia de la reciente prospectiva moderna está plagada de variados errores y, también, afortunadamente, de algunos aciertos. Se recuerda muy a menudo como el Hudson Institute, realizó, a finales de los años sesenta, un complejo estudio prospectivo para averiguar cómo podía ser la última tercera parte del siglo XX. Los resultados del estudio, publicados en el libro *"Hacia el año 2000"*, pronto quedaron obsoletos: la guerra del petróleo de 1973 cambió un parámetro tan importante como el coste de la energía, una hipótesis que no había sido considerada en la proyección del Hudson Institute. Un feo ejemplo de los muchos problemas de la prospectiva.

Desgraciadamente es muy posible que la realidad sea mucho más compleja de lo que podemos incluir en un modelo matemático si pretendemos que éste sea completo. Aunque esto, siendo cierto, no invalida la posibilidad de una prospectiva "tendencial" que marque las grandes líneas a las que apunta el futuro posible, unas líneas que nos han de permitir, por lo menos, intentar reducir las tendencias que no nos gusten (ciertos aspectos indeseables de la clonación humana, por ejemplo) y potenciar aquellas tendencias que resulten atractivas.

Si la prospectiva científica intenta averiguar el futuro con la ayuda de la matemática y la especulación científica, la ciencia ficción lo hace gracias a la especulación literaria. Si se trata de prepararse para un futuro distinto, la ciencia ficción, aún con sus muchos errores de prospectiva, permite a sus lectores adelantarse en el tiempo al analizar las consecuencias de nuevas posibilidades. Adelantarse al viaje por el espacio, a la ingeniería genética y la clonación, a la presencia de robots e inteligencias artificiales, al contacto con seres de otros mundos, y plantear nuevas especulaciones sigue siendo, además de divertido, un buen entreno para el futuro. Ese es el objetivo de la buena ciencia ficción.

- - - - -